

SEÑOR JUEZ DE GUARDIA CIUDAD

Señor Juez, que no se culpe a nadie de mi muerte. (Un consejo: no haga usted caso de lo que hayan podido susurrarle al oído mi —ja, ja— queridísima hija mía de mi alma, Elena, y el pedicuro, su marido. Puede que la idea no les desagradase, pero la verdad es la verdad: no he sido arrollado por un autobús; ni me he caído a la vía del Metro; ni ido a parar a la UVI de un hospital o, menos todavía —lagarto, lagarto— al depósito de cadáveres.) Hasta el momento todo marcha a la perfección, el motor redondo y los rodamientos a punto. Aquí está mi autógrafo, que lo prueba, que prueba que, hoy por hoy, continúo vivo; pero no vivo, vivo, sino en primera vida. Vamos, como si acabara de cumplir cuarenta años, que son los que tengo actualmente por dentro. Cuarenta, ni uno más —si lo sabré yo—, aunque mi carnet de identidad consigne como fecha de nacimiento, qué risa, la de 4 de agosto de 1901. Así que, por favor, no se tome ninguna molestia por mi causa. Si ha pensado en dar parte del hecho a la policía, le ruego que reconsidere su decisión; al menos, hasta que termine de leer esta carta, en la que intentaré explicárselo todo. Al fin y al cabo, puesto que soy mayor de edad y no ejerzo aún de difunto, mi existencia me pertenece *ab libitum*, o sea, que puedo hacer con ella lo que me parezca. (Claro que también el piso me pertene-

cía —lo tengo inscrito en el Registro a mi nombre, que conste— y me lo birlaron. Ellos, sí, el matrimonio. Baldosa a baldosa, hasta arrinconarme en la última habitación de la casa, sin otros derechos sobre el resto, que los de pasillo y W.C. Y yo pregunto: si ya le han echado la zarpa a mi propiedad horizontal, que era tras de lo que andaba el pedicuro, ¿qué puede importarle ahora lo que haga un servidor con su paradero?)

Supongo que mi nuero... (Admito que, a primera vista, incluso pueda resultar agradable: buena planta, corbata de floripondios y bigotito cortado pelo a pelo. Pero no se deje engañar por la fachada como le sucede a mi hija, que el pedicuro no es lo que parece. Mientras hablaba con usted —no he dudado ni por un instante que, ayer noche mismo, al comprobar mi desaparición, se personase en el Juzgado a denunciarla—, ¿reparó por casualidad en sus manos? Pues, si se presenta otra ocasión, hágalo. Verá cómo sus dedos, impulsados por un reflejo profesional, adoptan el gesto instintivo de esgrimir un bisturí, hundirlo en un ojo de gallo, apalancar, atornillar sádicamente en él... Ese, ése es mi nuero, no la persona amable y educada que aparenta. Llevo un recuerdo suyo en el talón izquierdo y sé de lo que hablo.) Como iba a decirle, imagino que el pedicuro le habrá contado ya lo de mi corazón. Hasta podría repetir sus palabras una por una e imitar el tono de voz elegíaco, de bajo gregoriano, con que las pronunció.

—Oh, sí, enfermo, muy enfermo, Su Señoría. Su corazón puede estallar en cualquier momento. Igual que si llevara una bomba de relojería bajo la corbata. Y como, además, está hecho una pasa, resulta imprescindible localizarle cuanto antes.

Pamplinas. Lo que de verdad intenta mi nuero yo sé lo que es: procurarse una coartadita para su uso particular.

Como en las novelas policíacas: “Yo mismo, en persona, me presenté en el Juzgado y puse al corriente de todo a las autoridades”. Y de ese modo, si me ocurriera algo, que es en lo que él confía, legalizar a toda prisa la usurpación, poner el apartamento a su nombre y lavarse las manos en signo de inocencia. En realidad —a mí no me la dio—, era la meta que se había propuesto desde que empezó a fijarse en Elena: quedarse con el piso. ¡Figúrese si se iba él a casar, así como así, con una muchacha de 36 años, feúcha y poca cosa! Ni ella tampoco, desde luego, tan espiritual como se figura ser, con un callista, si no la hubiera cegado el temor a la solteronería perpetua.

Es cierto, sufrí un infarto hace unos años, ¿y qué? Aquello pasó, tan por completo, que vivo, en la actualidad, con la sensación de que el corazón averiado ha debido caérseme y en su lugar me ha nacido otro nuevo. Debe ser por eso por lo que alguna vez, muy de tarde en tarde, noto dentro del pecho una sacudidita, una patadita como de criatura próxima a nacer. Lo mismo que si estuviera embarazado, ¿comprende?, sino que de esternón. (Perdone la comparación, pero no encuentro otra.)

¿Pataditas de criatura? Sí, sí. ¡Como que mi nuero iba a comprenderlo, si él no ha visto un niño de cerca en su vida! No los ha tenido de su matrimonio —me llama abuelo sólo por fastidiarme, y yo, en compensación, nuero a él—, y en cuanto a su consulta... (Por ahí, por ahí empezó la invasión, el anchluss. Consentí en que la instalaran en el piso —por dar gusto a Elena, sólo por eso— y luego, poco a poco, baldosa a baldosa, como le he dicho, me fueron empujando y sitiando. A la conquista del espacio vital, pero a costa del mío, se entiende.) ¿Supone usted que ha desfilado por allí, siquiera una vez, un pie sonrosado, de esos de batido de nata con fresas, de los críos; de esos translúcidos, de color de

concha marina; de esos henchidos y pimpantes, como mi piececito cardíaco? No, no. Su consulta constituye una pesadilla de espolones, callosidades, durezas, hullus valgus y uñas montadas. Así tiene el hombre el carácter que tiene, como de vivir en una pesadilla continua. Sin embargo, dése usted cuenta, para mi —ja, ja— queridísima hija mía de mi alma, Elena, el podólogo, a pesar de los nueve añazos que lleva ya casada con él, sigue siendo una especie de príncipe. Lo que le digo: un príncipe de cuento de Calleja, como aquellos que yo le compraba a la niña, a perra gorda el ejemplar, a raíz de terminar la guerra.

Insisto, señor Juez: no he desaparecido del mundo ni sufrido ningún percance raro. Habrá usted comprobado, por los términos de esta carta —que, a lo mejor, debería denominar declaración escrita—, que no hay en mí ni indicios de chochez o reblandecimientos cerebrales, sino lucidez y eutrapelia, como de la persona de cuarenta años reales, no virtuales, que soy. Por ello, me permito aconsejarle de nuevo que no preste oídos al matrimonio. No ha pasado nada, simplemente que he escogido la libertad; más claro, que me he fugado de mi domicilio, o, si lo prefiere, huido, desertado; algo que intenté anteriormente ya, pero sin éxito. Y si, en esta ocasión, mi hija no hubiera pasado a pedir no sé qué a la vecina y se hubiese olvidado de bloquear la salida, tampoco hubiera podido deslizarme hasta el descansillo silenciosamente, ni estaría ahora aquí, dedicado a escribir a Su Señoría. (Fue muy lamentable. Me refiero a lo que sucedió la otra vez. El pedicuro se encontraba solo en casa —aparte de mí, que no cuento en ella para nada—, viendo un partido en la televisión. Era una oportunidad y yo la aproveché para coger la puerta, salir de puntillas, pedir el ascensor y descender hasta la planta baja; pero el otro debió olfatear en seguida mi rastro, ya que echó, escaleras abajo, tras de mí.

Lástima que tropezase con aquel viejecito tan simpático, porque el tiempo que me entretuve en saludarle —era un anciano muy ceremonioso— fue el que tardó mi nuero en bajar al portal, asirme por un brazo y obligarme a volver a subir. Cuando regresó Elena por la noche, oí cómo la mentía, y esto le demostrará a usted la clase de individuo que introdujo la niña en la familia: “El abuelo se ha escapado esta tarde. Y menos mal que llegué a tiempo de impedir que saliera a la calle. ¡Fíjate, estaba dentro del ascensor haciendo reverencias a su propia imagen, ante el espejo!”) Consecuencia: que a partir de ese día la vigilancia se hizo más estrecha —el pedicuro, como es vulgar aficionado al fútbol, diría “el marcaje”—. Tres años, se dice pronto, Señorita, controlado, marcado. Tres años tirando de la bola y arrastrando las borlas del batín y las zapatillas, alrededor del mismo círculo sin fin, como un esclavo en el molino: butaca-ventana-camilla-corredor, y vuelta a empezar, y entre medias, como solución de continuidad, mi sopita de pescado blanco, mis verduritas, mi vasito de leche, mis inyecciones y mis píldoras. Prohibido fumar —“el tabaco te sienta como un tiro, papá”—; prohibido encender la radio en mi cuarto —“¿sabes lo que pagué de luz el mes pasado, papá?”—; prohibido leer —“te advirtió el doctor que el más ligero sobre-esfuerzo está contraindicado en tu caso, papá”—; etcétera, etcétera. ¡Todo prohibido!

Quizá esto le explique por qué me he quitado de en medio. Ah, ¿con que resulto un incordio? ¡Pues, adiós! ¿Con que os habéis propuesto amargarme la existencia? ¡Adiós, adiós! ¡Yo, que enviudé joven y no quise volver a casarme por estar siempre al lado de la niña! ¿Qué le parece, señor Juez, la pareja de cuervos que metí en casa, para que me sacaran a dúo los ojos? En fin, gracias a Dios, aquello terminó y lo pasado, pasado. Desde anoche, me hallo instalado

en un hostal de dos estrellas —la dirección me la reservo; no es que no me fíe de usted, por Dios, pero prefiero reservármela—; por las facturas no se preocupe; cuento con mi señalamiento pasivo —por si le interesa: jubilado del Ministerio de Educación, ex catedrático de Enseñanza Media, Geografía e Historia—, del que Elena se apoderaba los fines de mes, según ella para contribuir al presupuesto familiar. Ahora que se fastidie, que el dinero pasará directamente del habilitado a mis bolsillos —el pedicuro, que se las componga como pueda; que raspe callos o trafique con juanetes, me da lo mismo—; de forma que no hay por qué inquietarse por mi porvenir. Por otra parte, yo soy hombre metódico, de costumbres sencillas, y, de momento, con paladear mi libertad recién reconquistada, me basta. Además —lo he dejado de intento para el final— hay una mujer por el medio. Sí, Señoría, una viudita, vecina del patio de luces, bien presentada y en la flor de la vida, cincuenta años o así. Últimamente, no, porque no me permitían abrir la ventana —“puedes coger frío, papá”—, pero hace unos meses, charlábamos con alguna frecuencia de alféizar a alféizar. Y tengo la impresión de que no le resulto del todo indiferente, no sólo por la manera de mirarme y sonreírme, sino por un detalle concreto: en cierta ocasión le envié por correo aéreo —lanzándolas desde mi ventana a la suya, vamos— unas flores, un ramo de geranios sustraídos de una maceta, en casa, y cuando se asomó de nuevo, las llevaba prendidas ya en el escote.

En una palabra, que estoy decidido a rehacer mi vida, como dicen ahora en las películas. O, al menos, a tirarle a la viuda los tejos, como dice mi nuero, y disculpe lo pedestre de la expresión, muy propia, viniendo del podólogo. Ya he trazado mi plan: buscar su número de teléfono en la guía y llamarla, para citarle en algún rinconcito romántico del Re-

tiro. No sé si quedan todavía barquilleros y floristas, para obsequiarle; pero hay bancos con sombra, y, sobre todo, primavera.

Es cuanto tiene el honor de poner en conocimiento de Su Señoría, su affmo., atto., s.s.

Lesmes Pecino